

El inicio de las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos y su efecto en las dinámicas actuales

Pablo Llaguno Cárdenas

llaguno.pablo@gmail.com

Tecnológico de Monterrey, campus Monterrey

Eje Temático: Regionalismos y Análisis de Política Exterior

Trabajo preparado para su presentación en el X Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Políticas (ALACIP), en coordinación con la Asociación Mexicana de Ciencias Políticas (AMECIP), organizado en colaboración con el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), los días 31 de julio, 1, 2 y 3 de agosto de 2019

Resumen

Esta investigación tiene como objetivo analizar el inicio de las relaciones diplomáticas entre ambos estados a través de su política exterior, para entender cómo aquellas actitudes y dinámicas persisten en la actualidad. A través de una investigación en distintas fuentes de consulta, se concluye que, a partir de los primeros encuentros entre ambos, Estados Unidos buscó adoctrinar ideológicamente al estado mexicano y cumplir su política internacional y de expansión a expensas de éste, mientras que México enfocó su política en la defensa de su soberanía. Estas actitudes sentaron las bases para el futuro de las relaciones diplomáticas entre ambos Estados.

Introducción

El 27 de septiembre de 1821, tras más de diez años de intensa lucha, México obtuvo su independencia. Esto significaba que los Estados Unidos de América tendrían un nuevo vecino. Por vez primera, dicho país colindaría con otro país independiente, sin que fuera una colonia de una potencia extranjera. Sería el inicio de una relación histórica y sin fin con el nuevo Estado mexicano. A partir de dicho momento, ambas naciones se volverían tan estrechamente relacionadas en todos los ámbitos gubernamentales.

La Independencia de México se une a la de los demás estados latinoamericanos, lo que prometía ser una oportunidad para que los Estados Unidos probaran su liderazgo regional. De ahí, la gran importancia de establecer relaciones diplomáticas con estas nuevas naciones. Asimismo, la independencia significaba un nuevo comienzo, ya que la frontera mexicana se abriría al comercio extranjero, tras siglos de proteccionismo español. Por lo que comerciantes estadounidenses tendrían un nuevo destino para sus productos (Moyano Pahissa, 1987). Estados Unidos y México empezarían su historia binacional y con ello las relaciones entre ambos.

La siguiente investigación analizará el nacimiento y los primeros años de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y México, comenzando en 1821 y terminando con la anexión de Texas a territorio estadounidense. Se analizará también la política exterior mexicana y norteamericana que condujeron las actitudes y acciones de ambos países. Utilizando una metodología basada en diversas fuentes de consulta académica, se busca encontrar el enfoque de sus respectivas políticas exteriores para entender los efectos que ellas tuvieron en el desarrollo de la relación diplomática entre ambos Estados.

Además, a través del análisis de la política exterior, se busca hacer una breve comparación con las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos de inicios del siglo XIX y de la actualidad. De esta manera se quiere demostrar como las

actitudes predominantes en el inicio de las relaciones entre ambos, siguen de cierta manera presentes en la actualidad. Pues, el comienzo de la relación entre México y Estados Unidos ha definido la manera en cómo se llevan a cabo las relaciones diplomáticas entre los dos vecinos. Ya que, en la actualidad, dentro de las políticas exteriores de ambos, es posible encontrar rastros importantes de sus políticas exteriores de hace casi dos siglos.

Desarrollo

Tras la independencia de México, los Estados Unidos reconocían la soberanía mexicana, pero no al régimen de Agustín de Iturbide (Moyano Pahissa, 1987). Esto se debe a que Iturbide mantenía un gobierno monárquico, mientras que Estados Unidos era el promotor y ejemplo del republicanismo. Aunado a que pocas características culturales, religiosas, lingüísticas y sociales eran compartidas con los países latinoamericanos, el país del norte buscaba un elemento en común con el que se podría identificar y tener terreno en común con su vecino del sur y el resto de los nuevos países hispanohablantes (Moyano Pahissa, 1987). Es así como el modelo de gobierno surge como alternativa para crear un lazo entre las naciones. Así, la república debería de ser impuesta como forma de gobierno para mantener una relación más estrecha y un mayor reconocimiento de parte del vecino del norte.

Por lo tanto, el gobierno estadounidense mandaría representantes comerciales o cónsules a territorio mexicano, en lugar de un ministro o embajador; no porque no reconociera la independencia nacional, sino como protesta por la forma de gobierno adoptada. Del lado mexicano, Agustín de Iturbide encomendó a José Manuel Zozaya como primer ministro mexicano en Washington. El objetivo de esta primera misión, iniciada el 24 de septiembre de 1822, era obtener el reconocimiento estadounidense, firmar tratados de amistad y comercio y obtener apoyo por una eventual invasión española a territorio mexicano (Zorrilla, 1995). No obstante, desde dicha primera misión, el representante mexicano se topó con una particular actitud estadounidense

que perduraría por la mayor parte del siglo XX, así como lo plasma en la siguiente nota enviada al gobierno mexicano:

La soberbia de estos republicanos no les permite vernos como iguales, sino como inferiores; su envanecimiento se extiende a mi juicio a creer que su capital será de todas las Américas... con el tiempo han de ser nuestros enemigos jurados (Zozaya, citado en Moyano Pahissa, 1987, p. 47).

El enviado mexicano tendría razón, pues dentro de poco el gobierno mexicano tendría que enfrentar las políticas expansionistas de los Estados Unidos, aunadas a la Doctrina Monroe de 1823, y la relación entre ambos estados se caracterizaría por ser conflictiva en lugar de amistosa. Con lo que se estaban formando las políticas exteriores de ambos países que definirían el rumbo de sus relaciones durante la primera mitad del siglo XIX. Estados Unidos perfilaba una política exterior expansionista y de poder, mientras que México limitaba la suya a defender la soberanía nacional y la integridad del territorio.

Después de la caída de Agustín de Iturbide y el establecimiento de la República Mexicana, encabezada por Guadalupe Victoria en 1824, el gobierno estadounidense inmediatamente reconoció al caudillo e iniciaron los trámites para enviar a un ministro diplomático, puesto, que, tras ser rechazado por distintos diplomáticos, finalmente fue tomado por Joel R. Poinsett (Moyano Pahissa, 1987). Por su parte, el gobierno mexicano estableció a la cabeza de la Secretaría de Relaciones Exteriores a Lucas Alamán y en 1824, nombró a Pablo Obregón como ministro para los Estados Unidos (Zorrilla, 1995). Las instrucciones de Obregón eran las siguientes: buscar la ratificación del Tratado Adams-Onís, sobre las fronteras entre los dos estados, y comprar buques, papel y otros objetos que México no producía (Zorrilla, 1995). Dicho tratado, y la fijación de la frontera, serían los temas principales por tratarse con Estados Unidos en los primeros años de la relación diplomática, así como el origen de los primeros conflictos.

De acuerdo con Astié-Burgos (1995), la misión de Poinsett en México, encomendada por el gobierno de John Quincy Adams, se dividió en dos vertientes, la

diplomática y la de agente político. Por un lado, dentro la misión oficial, el enviado norteamericano debía buscar firmar un tratado de amistad y comercio con México, así como un tratado de límites fronterizos; negociar la autorización para la vía comercial de San Luis, Missouri a Santa Fe, Nuevo México y frenar la intervención mexicana en Cuba. No obstante, la misión política extraoficial del ministro plenipotenciario consistió en contrarrestar la influencia británica en la política mexicana, obtener beneficios para los Estados Unidos, promover el sistema republicano, respaldar a los enemigos de los conservadores y apoyar a Austin en la colonización texana.

A Poinsett se le dieron instrucciones especiales y facultades para negociar la compra de territorio mexicano (Moyano Pahissa, 1987). El primer ministro norteamericano en la nación es considerado como una figura controversial, pues jugó un rol activo dentro de la política mexicana, que tiempo después llevó a que el gobierno mexicano pidiera su retiro del país. Poinsett, con el firme objetivo de beneficiar a Estados Unidos, se había entrevistado con Lorenzo de Zavala y Stephen Austin, quienes serían de gran importancia para el movimiento separatista de Texas. También influyó dentro de la política mexicana a través de la organización de logias yorkinas con ideales pro-estadounidenses, para contrarrestar las logias escocesas que eran pro-inglesas (Moyano Pahissa, 1987). Entrometiendo así el conflicto y los intereses norteamericanos dentro de la política mexicana. Con el tiempo, este tipo de actos llevaría a un disgusto generalizado en contra del ministro estadounidense, pues además tramaba con controlar la política interior mexicana a través de candidatos políticos que compartieran sus ideas y organizó una revuelta en Veracruz (Bosch, 1974). Poinsett sentó un precedente negativo de los ministros estadounidenses en el país por su intromisión en asuntos internos y dejó en general, una visión negativa en la población mexicana sobre los Estados Unidos.

Estados Unidos, siendo un país más estable que el recién formado Estado mexicano, buscó controlar las relaciones entre los dos Estados. La política exterior estadounidense estuvo enfocada hacia su propio beneficio en términos territoriales y políticos, a expensas del Estado mexicano. A través de una doble política exterior, el

gobierno estadounidense buscó injerir políticamente en México, mientras al mismo tiempo se negociaban acuerdos comerciales. Estados Unidos utilizaba las prácticas diplomáticas que tanto criticaba de los estados europeos en sus relaciones con los nuevos estados americanos, a través de la injerencia política en asuntos internos de un tercer Estado.

Uno de los temas de mayor relevancia, tratados durante la estadía de Poinsett, fueron la definición de fronteras y la ratificación del Tratado Adams-Onís, con la opción de comprar territorio mexicano. Dicho tratado fue redactado entre los Estados Unidos y España antes de la independencia mexicana, con el fin de establecer la frontera entre ambos países. Antes de firmar el tratado, Poinsett, tenía órdenes directas del Secretario de Estado para negociar la venta de territorio mexicano, especialmente de Texas (Zorrilla, 1995). No obstante, esto no se concretó ante la rigidez del gobierno mexicano en el tema. Por lo que en 1828 se firmó el tratado, fijando las fronteras en los ríos Sabinas, Rojo y Arkansas, así como en el paralelo 42° (Zorrilla, 1995). Ambos gobiernos ratificaron el acuerdo, sin embargo, la copia mexicana demoró en llegar a Estados Unidos por lo que no se concretó el tratado, además de que el presidente Jackson retrasó su aplicación, y, por lo tanto, se regresó al estado fronterizo inestable (Moyano Pahissa, 1987). Por tal motivo, el país del norte reanudó los ofrecimientos por la venta de Texas, a través de su ministro en México.

Por lo tanto, dentro de la misión diplomática secreta de Poinsett, éste velaba por el interés estadounidense de expandir su territorio hacia al sur. En una carta al secretario de Estado, Henry Clay, Poinsett menciona:

A mi parecer, será importante ganar tiempo si queremos expandir nuestro territorio más allá de las fronteras acordadas en el tratado de 1819. La mayoría de las buenas tierras de Colorado al Sabino han sido concedidas por el estado de Texas y se están poblando rápidamente con concesionarios o colonos de los Estados Unidos, población que encontrarán (el gobierno mexicano) difícil de gobernar, y posiblemente, después de un corto período de tiempo, ellos (México) no estarán tan persistentes en mantener esa porción de su territorio como lo están ahora.

(Poinsett, 1825 en Bosch García, 1983, pp. 88-89)

Dicho así en la cita, la adquisición de territorio a expensas de México era un objetivo real y recurrente del gobierno estadounidense y de su ministro en el país. Pues fue un tema de importancia en la política exterior norteamericana.

Las actitudes antes descritas de Poinsett no escaparon ni al gobierno mexicano ni a la población en general, pues los periódicos también se pronunciaban en contra del ministro. Por lo tanto, en 1829 se le devolvió el pasaporte a Poinsett para ordenar su retirada del país (Bosch, 1974). Al respecto, dijo el ministro de México en Washington, “Las cosas han llegado a un punto que el Gobierno Mexicano faltaría a sus deberes más esenciales si no pidiera al de los Estados Unidos de América el llamamiento de su Ministro...” (citado en Bosch, 1974).

Al partir Poinsett, Estados Unidos envió a Anthony Butler como su nuevo ministro en México. Su principal objetivo era obtener tierras en Texas para los Estados Unidos (Moyano Pahissa, 1987). Asimismo, en el país del norte, los periódicos presionaban para la compra del territorio e incentivaban a la población a poblarlo (Moyano Pahissa, 1987). Butler utilizó distintos medios y opciones para convencer al gobierno mexicano de ceder Texas. Inclusive, recibió permiso del presidente Jackson, de los Estados Unidos, para sobornar a autoridades mexicanas con tal de facilitar la compra de Texas (Moyano Pahissa, 1987). Aun así, no tuvo frutos.

Los mexicanos se mostraban incómodos ante la presencia y las negociaciones del ministro estadounidense en México. Esto se reflejó en un trato hasta cierto grado hostil contra los norteamericanos. Además, las relaciones entre ambos empeoraban, puesto que el gobierno estadounidense demandaba distintas reclamaciones ante el gobierno mexicano por faltas a sus acuerdos de comercio y otros temas (Bosch, 1974). Esto solo aumentaba la tensión entre los dos gobiernos, además del tema de Texas. Pues al querer tratar otros temas diplomáticos, los Estados Unidos se negaban a hacerlo, al poner sus reclamaciones no resueltas como prioridad y excusa para no negociar (Moyano Pahissa, 1987). En este momento, se crea el mito en el país del norte de “un México grosero y petulante que no hacía más que ofender a su benévolo

vecino” (Moyano Pahissa, 1987, p. 63). Esto último es utilizado para intentar legitimar la actitud y postura estadounidense en los próximos años.

Texas

Texas era un territorio norteamericano mayormente despoblado, sin embargo, con gran valor económico según las intenciones de los Estados Unidos. Tras la independencia mexicana, pobladores de territorio anglosajón obtuvieron tierras en Texas y comenzaron a crear colonias propias, pues, además, el gobierno mexicano no tenía un control firme en tan vasto territorio. Por ello, México creía que poblar Texas sería de gran importancia para la nación, no obstante, solamente la población nacional haría más sólida la presencia mexicana en el territorio (Moyano Pahissa, 1987). Pues tiempo después, el poblamiento anglosajón solo beneficiaría a los vecinos del norte.

Entre los problemas para controlar el territorio texano estaba la presencia de más de miles de colonos norteamericanos con sus respectivos esclavos en México, lo cual era ilegal. Además, también con complicidad estadounidense, los indios del norte emigraron a las tierras sureñas, por lo que dificultaba el control de éstas y el aseguramiento de la paz. Así, a partir de los años treinta, los colonos de Texas comenzaron a tener reuniones clandestinas para sublevarse de las autoridades mexicanas. Inclusive, Anthony Butler, llegó a asistir a una de estas reuniones camino a Washington (Moyano Pahissa, 1987). Pues ante la negativa mexicana de ceder por una suma monetaria el territorio, el gobierno estadounidense influyó en él, ideológicamente.

La política exterior expansionista de los Estados Unidos fue una constante en los distintos territorios que pretendía, el conflicto texano siendo un ejemplo de esta política de asentamiento y posterior anexión. Alexis de Tocqueville lo menciona en *Democracia en América*, aun antes de que estallara un conflicto armado:

He hablado ya precedentemente de lo que ocurre en la provincia de Texas. Cada día los habitantes de los Estados Unidos se introducen poco a poco en Texas, adquieren tierras y, en tanto que se someten a las leyes del país, fundan en él el imperio de su lengua y de sus costumbres. La provincia de Texas está todavía bajo la dominación de México; pero bien pronto no se encontrarán en ella, por decirlo

así, más mexicanos. Semejante cosa sucede en todos los puntos donde los angloamericanos entran en contacto con las poblaciones de otro origen.
(Tocqueville, 2002, p.481)

Tocqueville, predice lo que sucedería posteriormente en las relaciones entre México y Estados Unidos. La política exterior de Estados Unidos tenía un objetivo claro, que causaba gran conflicto con el gobierno mexicano.

Ante el creciente conflicto texano, México buscaba la neutralidad estadounidense, sin embargo, sus pobladores comenzaron a abrir oficinas de reclutamiento en distintas ciudades de Estados Unidos, una vez que estalló el conflicto en 1835. Liderados por Houston y Austin, los texanos utilizaron como detonante el cambio de sistema político de México al centralismo para levantarse en armas (Moyano Pahissa, 1987). El triunfo de la revolución texana fue producto de un deseo mayoritariamente estadounidense, puesto que, por ejemplo, durante la Batalla del Álamo, de los 183 defensores de la misión, solo 32 eran colonos texanos, mientras los demás eran voluntarios estadounidenses (Moyano Pahissa, 1987). La intervención estadounidense en la independencia texana queda también en evidencia por el expresidente estadounidense John Quincy Adams quien tiempo después, condena la intervención norteamericana en el conflicto (Moyano Pahissa, 1987).

La relación México-estadounidense colgaba de un hilo tras la victoria texana en 1836. Ambos retiraron a sus ministros diplomáticos, pues México condenaba la invasión de territorio del General Gaines durante la guerra con Texas y Estados Unidos, condenaba la falta de pagos de la deuda mexicana (Moyano Pahissa, 1987). Durante este mismo tiempo, Estados Unidos reconoció diplomáticamente a la República de Texas, contrario a lo establecido oficialmente con México (Moyano Pahissa, 1987).

Un año después se restablecen las relaciones para negociar el arbitraje en distintos temas de conflicto y en los próximos años México se endeudó también con los Estados Unidos, para poder sofocar la invasión francesa, la sublevación en Yucatán y

mantener las hostilidades con Texas (Bosch, 1974). En 1842, México seguía sin reconocer la independencia texana por lo que continuaban las hostilidades, aunque en menor medida, entre ambos bandos. También, cada vez más existía un mayor interés de los Estados Unidos en los territorios mexicanos de la Alta California y la frontera actual texana no se discutía más, pues Estados Unidos pensaba integrarla al territorio, mientras que México también (Zorrilla, 1995).

Las conversaciones entre México y Estados Unidos escalaron de tono y se tornaron más agresivas. Hubo un arbitraje internacional para solucionar las reclamaciones de ambos (Bosch, 1974). Sin embargo, las tensiones por Texas continuaban. México negaba su independencia, pero más aún negaba la posible incorporación del territorio a los Estados Unidos. El secretario de Relaciones Internacionales de México, Bocanegra, había mencionado que la anexión sería interpretada como una declaración de guerra (Moyano Pahissa, 1987).

A finales de 1844, México y Estados Unidos rompen relaciones diplomáticas por la gran cantidad de tensiones y conflictos acumulados (Bosch, 1974). Así, en 1845 inician los procedimientos de anexión, así como la ratificación de éste por el congreso estadounidense y el texano. México consideraría la anexión como una violación a su soberanía e independencia. Además, el gran problema seguiría siendo el límite fronterizo. Puesto que los Estados Unidos consideraban Texas iniciaba al norte del Río Bravo, mientras que México decía que al norte del Río Nueces (Hannon, 1988). Esto desencadenaría una gran guerra como resultado de la conflictiva relación entre ambas naciones.

Así la política exterior estadounidense durante los primeros años de relaciones diplomáticas entre ambos tuvo dos vertientes principales. Primero, el expansionismo territorial y segundo, la influencia ideológica en la política interna mexicana. A través de los representantes diplomáticos, J.R. Poinsett y posteriormente A. Butler, el gobierno norteamericano buscó cumplir dichos objetivos de su política exterior.

Por el lado mexicano, la política exterior se centró en defender la soberanía nacional y la integridad territorial ante el vecino del norte. Los primeros enviados mexicanos a Washington defendieron a la nación mexicana, pero se vieron limitados en su acción ante los intereses del más poderoso país vecino. De esta manera, el campo de acción de la diplomacia mexicana se limitaba a resistir la confrontación estadounidense, más allá de buscar acuerdos efectivos para la cooperación. Pues la amistad y la cooperación no resultaron ser una estrategia positiva ante la agresiva política estadounidense.

Por lo tanto, el inicio de la relación diplomática entre ambos estados fue turbulenta. La política exterior mexicana tuvo que adaptarse a la estadounidense, puesto que el poder militar y la estabilidad política de Estados Unidos le dieron una mayor ventaja sobre México. La política exterior de Estados Unidos, teniendo dos vertientes, la oficial y la extraoficial, se planteó la expansión territorial y el crecimiento de la nación a expensas del recién independizado país. Fallos estratégicos y políticos dentro de México, resultaron en que la política exterior estadounidense tuviera un mayor éxito en lograr sus objetivos.

Discusión

Casi doscientos años después, México sigue siendo un territorio importante para la ideología política y económica estadounidense. Al comienzo de las relaciones, Washington predijo que México sería un importante socio y aliado. Por lo tanto, buscaba que el Estado mexicano compartiera una visión política y económica similar a la estadounidense. Es así, que, tras la instauración de un régimen monárquico después de la independencia, Estados Unidos retardó el reconocimiento de la independencia del país y, además, no envió a un embajador a su vecino del sur hasta que cayera el régimen (Herrera y Santa Cruz, 2011). Fue así, que Estados Unidos ejerció presión diplomática para que cambiara la forma de gobierno. Además, uno de los ejes principales de la política exterior norteamericana fue obtener una mayor influencia política en el país, a través de la adopción del republicanismo y de contrarrestar la

influencia británica presente en el país. Poinsett conspiraba en las logias masónicas para restar apoyo al gobierno británico, con el fin de beneficiar a la economía y política de Estados Unidos. Pues teniendo la Doctrina Monroe en vigor, el país norteamericano buscaba la total influencia sobre los países latinoamericanos, sin intervención europea. De tal manera que presionaba para que México optara por beneficiar a los estadounidenses sobre los ingleses. Así, la política exterior estadounidense tenía un enfoque en influenciar la política nacional a través de presiones diplomáticas.

En la actualidad, la política exterior de Washington mantiene como un eje importante contar con el apoyo de México, especialmente al mantenerse en línea con la agenda económica y política estadounidense. De esta manera, la presión estadounidense se ha visto presente en distintas ocasiones para que las políticas mexicanas vayan de acuerdo con la política exterior estadounidense. La votación en el Consejo de la Seguridad por la invasión estadounidense a Irak es un claro caso en el que el país se vio amenazado, inclusive en términos comerciales y económicos, por no ir acorde con la política estadounidense. De igual manera, temas como la migración han hecho que el gobierno estadounidense amenace a México con poner sanciones comerciales a menos de que México se alinee con las políticas migratorias estadounidenses. De esta manera ejerciendo presión para que México se adapte a las políticas norteamericanas.

La desconfianza que existía entre ambos gobiernos al comienzo de las relaciones diplomáticas no ha sido erradicada. La impresión que dejó Poinsett en el país definiría la manera en que los mexicanos ven a los estadounidenses y de esta manera, la visión sobre los Estados Unidos (Astié-Burgos, 1995). A partir de dicha experiencia, se creó un antecedente negativo de los norteamericanos, pues las intrigas políticas de Poinsett, el intervencionismo dentro de la política nacional en búsqueda de un beneficio propio y la agresiva política expansionista, sentaron las bases para una importante desconfianza entre los dos países.

La falta de confianza en las negociaciones de tratados de fronteras y de amistad en el siglo XIX, llevaron a crisis entre ambos Estados. Leyes como la no esclavitud en México, generaba roces con las autoridades norteamericanas, y temas de interés binacional, como la defensa contra los ataques de indios en la frontera, eran difíciles de resolver por la falta de voluntad de los dos países. Al día de hoy la desconfianza ha permanecido y es vista en temas de interés binacional, como la lucha contra las drogas y la migración. Pues, Estados Unidos desconfía del trabajo que México hace y de sus estrategias para combatir estos problemas. La política exterior norteamericana dejó de estar enfocada en el expansionismo geográfico, para enfocarse en el ideológico. Por lo que, a través de amenazas, principalmente comerciales, Estados Unidos busca imponer su política dentro del país, derivada de la desconfianza que existe en el gobierno mexicano para poder resolver los problemas. De esta manera, como en el tiempo de Poinsett, la confrontación entre los gobiernos está presente y han tenido como resultado políticas públicas influenciadas por la desconfianza entre los dos.

Conclusión

Guadalupe Victoria dijo, "(Estados Unidos es) un pueblo ambicioso siempre listo a saltar sobre sus vecinos, sin una sola chispa de buena fe" (Victoria, citado en Moyano Pahissa, 1987). A través de la agresiva política exterior norteamericana, las palabras del primer presidente mexicano se tornarían realidad. En el transcurso de los primeros treinta años de relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, México perdió más de la mitad del territorio nacional a manos del vecino del norte.

La política exterior estadounidense se centró en la expansión territorial e ideológica, especialmente al construir su proyecto de nación a expensas de México. Dicha política fue agresiva y secreta, originando, por lo tanto, un fuerte conflicto con el debilitado México. En el discurso oficial, ambos países buscaban la cooperación y la amistad, no obstante, *de facto* no fue el caso. Por ejemplo, uno de los mayores estandartes de la política exterior estadounidense, la Doctrina Monroe, en donde América sería para los americanos y toda intervención europea al continente sería

derrotada con el apoyo de Estados Unidos, no siempre vio por los intereses de los países latinoamericanos. Durante el intento de reconquista de España, los soldados españoles llegaron a México en barcos estadounidenses (Vásquez y Meyer en Astié-Burgos, 1995). De esta manera, la política exterior estadounidense en términos de cooperación funcionó mayoritariamente como instrumento político para velar por sus propios intereses. Pues, el apoyo a colonos texanos y el proyecto de la construcción de una ruta comercial entre Santa Fe y San Luis, tenían fines expansionistas.

Mientras tanto, la política exterior mexicana se limitaba a defender la soberanía de la nación y la integridad del territorio, ante el más poderoso vecino del norte. México no tenía ni la experiencia ni el poder suficiente para contrarrestar la agresiva política exterior norteamericana, por lo que su política exterior fue obligada a ser responsiva en lugar de propositiva.

Así, en los primeros contactos entre las dos naciones, la postura reinante en las relaciones entre los Estados fueron el conflicto y la discordia. En pocas ocasiones se llegaron a acuerdos pacíficos y productivos. Pues siempre hubo una tendencia a que los objetivos norteamericanos se cumplieran a expensas de la nación mexicana. Por tal motivo, y a través del análisis anterior, la relación entre ambas naciones no se dio en terreno de igualdad. Los Estados Unidos tenían una gran ventaja económica, política, militar y social sobre México, y a través de los objetivos de su política exterior, pudieron construir su visión nacional aun cuando ésta afectara a la política interior e integridad de México.

Estas relaciones siempre fueron guiadas desde una posición de superioridad estadounidense, por lo que el campo de acción mexicano era limitado. Además, desde la primera misión diplomática, se percató que México sabía de las intenciones expansionistas de los Estados Unidos. Es así como a través de los diferentes conflictos, se pudo observar que Estados Unidos no negociaba con México estando a la misma altura; además de que la estrategia diplomática de defensa estadounidense,

utilizando siempre el contraataque, bloqueaba la gran mayoría de las iniciativas mexicanas.

Este inicio turbulento y conflictivo de las relaciones entre los dos vecinos perduró durante más de cien años. Aunque, al día de hoy, el tono conflictivo ha llegado a disminuir, en diversas ocasiones México es tratado en la escena diplomática, económica y política, desde una posición de superioridad de los Estados Unidos. Las políticas exteriores han evolucionado y la mexicana ha sido mucho más propositiva. Aún así, ciertas actitudes en las relaciones entre ambos han perdurado a través del tiempo, así como la visión que tiene México de Estados Unidos y Estados Unidos de México. La discordia y la agresividad de las políticas exteriores y de las relaciones diplomáticas han evolucionado y nutrido la relación política entre los dos inseparables vecinos a través del tiempo.

Bibliografía

- Astié-Burgos, W. (1995). *El Águila Bicéfala*. México: Ariel Divulgación.
- Bosch García, C. (1974). *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos 1819-1848*. Tlatelolco, CDMX: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Bosch García, C. (1983). *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos: I. El mester político de Poinsett (noviembre de 1824 – diciembre de 1829)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México
- Hannon, E. W. (1988). *A Review of 150 Years of U.S. - Mexican Relations*. Recuperado de The Heritage Foundation, de http://s3.amazonaws.com/thf_media/1988/pdf/bg679.pdf
- Herrera, O. y Santa Cruz, A. (2011). *Historia de las relaciones internacionales de México, 1810-2010. América del Norte*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Keller, R. (2016). *U.S.-Mexican Relations from Independence to the Present (Vol. 1)*. Oxford University Press. Recuperado de <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199329175.013.269>
- Moyano Pahissa, Á. (1987). *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación 1819-1861*. México D.F. : Frontera, Secretaría de Educación Pública.
- Tocqueville, A. (2002). *Democracy in America*. Penn State Electronic Classics Series Publication. Recuperado de <http://seas3.elte.hu/coursematerial/LojkoMiklos/Alexis-de-Tocqueville-Democracy-in-America.pdf>
- Velasco, J. (2018). *The Future of U.S.-Mexico Relations: A Tale of Two Crises*. México Center – Rice University's Baker Institute for Public Policy. Recuperado de <https://www.bakerinstitute.org/media/files/files/45e26afb/mex-pub-twocrises-080318.pdf>
- Zorrilla, L. G. (1995). *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958. Tomo I*. México: Editorial Porrúa